

Capítulo

1

La delgada línea azul

Era primeros de marzo y llovía. Las nubes se aliviaban con una ferocidad similar a la de un borracho orinando después de catorce cervezas. Miré a través del cristal esmerilado, imaginando el impacto que tendría el aguacero sobre mi ropa blanca que se agitaba salvajemente en la tempestad. Luego miré de nuevo al suelo, me di cuenta inmediatamente del ligero color amarillento de la junta del inodoro.

Hombres, pensé. ¿Tan difícil es apuntar a la taza? Medité brevemente cómo podía ser que mi novio fuera capaz de despejar una mesa de billar con precisión milimétrica, aparcar un coche en el espacio de un sello de correos y sin embargo, cuando se trataba de apuntar su colita en la dirección de una gran taza, tenía el acierto de un colegial borracho. Notaba el borde de la bañera frío bajo mi falda.

Tres minutos.

Tres minutos pueden ser mucho tiempo. Me pregunté si me parecería tan largo si estuviera desactivando una bomba. Empecé a contar los segundos, pero enseguida perdí el interés. Había que limpiar el espejo. Lo haría al día siguiente. Sin darme cuenta jugueteé con el palito que tenía en la mano hasta que me acordé de que acababa de hacer pis en él. Lo solté, retiré unas pelusas invisibles de mi falda, una costumbre que había adquirido de mi padre, aunque evidentemente él no usaba falda. Era nuestra manera de actuar cuando estábamos nerviosos. Algunas personas se retuercen las manos; mi padre y yo nos limpiábamos la ropa.

La primera vez que realmente me di cuenta de nuestro rasgo en común fue cuando mi hermano, a los diecisiete años, anunció que en lugar de convertirse en el médico que mis padres habían soñado iba a convertirse en sacerdote. Mi madre, mortificada por la idea de perder un hijo en favor de un Dios ausente se pasó una tarde entera gritando estridentemente antes de derrumbarse y meterse en la cama cuatro días. Mi padre se quedó sentado en silencio limpiando su traje. No dijo nada, pero su decepción era profunda. Recuerdo que en ese momento no me afectó mucho. Como buena adolescente egocéntrica, no compartía las mismas preocupaciones por el sacrificio de Noel que mis padres, aunque admito que la idea de tener un sacerdote en la familia me resultaba ligeramente embarazosa.

Por entonces no estábamos muy unidos. Era el típico empollón, amante de los libros, intenso e interesado

por la política. Estudiaba mucho, vaciaba las papeleras sin que se lo pidieran y era un ardiente fan de Doctor Who. Nunca fumó, nunca se dedicó a beber siendo menor de edad ni tampoco a las chicas. Durante una temporada pensé que era homosexual, pero esa teoría se derrumbó cuando me di cuenta de que para ser homosexual hay que ser interesante. Sin embargo, ya éramos adultos y, aunque jamás pude comprender su extrema devoción por el Todopoderoso, los tiempos habían cambiado y todos los rasgos que hacían de él un adolescente empollón garantizaron que se convirtiera en un adulto fascinante. Consideraba al padre Noel como uno de mis mejores amigos.

Dos minutos.

Yo tenía veintiséis años. Estaba enamorada y vivía con John, mi novio de la infancia. Tuve el placer de ver crecer a mi amante, de chico idealista de pelo claro y ojos azules a hombre seguro de pelo claro y ojos azules. Llevábamos juntos casi doce años y para mí era decididamente El Único. Vivíamos felizmente juntos desde la universidad. Habíamos alquilado una casa muy agradable (dos dormitorios, dos baños, cocina y un salón muy mono) cerca de Stephen's Green y, aunque era pequeña y a veces olía a casa de señora mayor, no era cara, lo que resultaba sorprendente teniendo en cuenta su ubicación. Tenía un buen trabajo. La enseñanza nunca había sido el sueño de mi vida, pero, por otra parte, me consideraba afortunada de estar libre del lastre de la ambición. Enseñar me parecía un trabajo tan bueno como cualquier otro. Algunos días me gustaban los chicos y otros días no, pero era algo es-

table. La mayoría de los días estaba en casa a las cuatro y media y los veranos tenía tres meses de vacaciones. John aún iba a la universidad, hacía un doctorado en psicología, pero también se las arreglaba para hacer a la semana cuatro turnos de camarero. Algunas semanas traía a casa más dinero que yo y aseguraba que aprendía más de los borrachos que en la universidad.

Éramos felices. Éramos una pareja feliz y estable. Teníamos una buena vida, buenas perspectivas de futuro y buenos amigos. Hay mucha gente a la que le gustaría tener la clase de seguridad que teníamos el uno en el otro.

Un minuto.

Con frecuencia mi madre cavilaba en voz alta sobre cuándo íbamos a pensar en el matrimonio John y yo. Le decía que se ocupara de sus asuntos. Ella advertía que era asunto suyo. Nos peleábamos sobre el asunto de la privacidad contra el amor de madre. A los veintiséis años me sentía demasiado joven para casarme y esa sensación permanecía pese a que mi madre me recordaba constantemente que a los veintiséis ella ya tenía dos niños pequeños.

—Eran otros tiempos —solía decir yo, y era verdad. La mayoría de las amigas de mi madre a los veintitantos ya estaban casadas y con hijos. Yo era de una generación totalmente diferente. La generación de la orquesta contra la generación de la MTV. Mientras que ella creció con Dickie Rock* yo bailé con Madonna. Antes de conocer

* Cantante irlandés de gran éxito en los sesenta.

a mi padre su idea de una noche de diversión consistía en ponerse en fila contra la pared en el baile local esperando que uno de los chicos la eligiera para bailar un vals. Yo, en cambio, era de la generación de la disco. Además, ninguna de mis amigas estaba casada.

Treinta segundos.

De acuerdo, es mentira. Anne y Richard se conocieron en la universidad. Ella era la mediana de una familia de clase media de Swords. Él era el hijo de uno de los más ricos terratenientes de Kildare. Se conocieron en una cola para apuntarse a un grupo de teatro de aficionados durante la semana de orientación. Empezaron a hablar, abandonaron la cola para ir por un café. A partir de entonces fueron inseparables. Se casaron un año después de la universidad. Tampoco era para tanto, eran los únicos casados.

Clodagh, mi mejor amiga desde los cuatro años, no había conseguido que le durara una relación más de cuatro meses. Al salir de la facultad se convirtió en una profesional tenaz, inteligente, trabajadora, que consiguió ascender en tres años a directora de cuentas sénior de una importante agencia de publicidad. Tenía éxito en todo lo que hacía con la pequeña excepción de su vida romántica y eso, que ella percibía como un fallo, le dolía.

Luego estaba el mejor amigo de John, Seán, moreno, introspectivo, seco y hermoso. Clo le llamaba «el David de carne y hueso». Había conseguido no sólo al ochenta por ciento de las chicas de la manzana de Trinity Arts, también había conseguido a unas cuantas profesoras por el camino. Su relación más larga hasta la fecha había sido

con una chica americana llamada Candyapple* (su verdadero nombre, no estoy de broma) durante un verano que pasamos todos trabajando en Nueva Jersey. Era la típica pesadilla de piel del color del café, ojos marrones, busto grande, cintura pequeña. Tenía el pelo castaño, largo y rizado que a Anne de alguna manera le recordaba el del guitarrista de Queen, Brian May. Seán la llamaba «Deliciosa»; el resto de nosotros la llamábamos «Brian». Duraron seis semanas. Él dejó la universidad y tras algunos falsos despegues cayó de pie al conseguir un trabajo de editor en una revista masculina. Su rápido ingenio, sincera adoración por el fútbol y enciclopédico conocimiento carnal femenino le aseguró un éxito continuado. Las relaciones no le importaban y el matrimonio y la familia no eran ciertamente una prioridad.

Diez segundos.

A John le encantaba nuestra vida. Ya sabes, esas parejas encantadas de la vida que conoces y al momento las detestas. Él era así. Nunca pareció importarle que Seán hubiese tenido su cuota de mujeres en la universidad. Ni siquiera le importaba haberse acostado sólo con una persona. Se sentía contento, amado, feliz. Era poco común. Éramos poco comunes.

La primera vez que nos acostamos teníamos los dos dieciséis años. Estábamos en una tienda de campaña en la ladera de una colina de Wicklow. Era una noche cálida de verano, ni una nube a la vista. Había luna llena, redonda

* Manzana caramelizada.

y brillante, el cielo era de color azul marino y denso como el terciopelo, los árboles se elevaban repletos de hojas y olía a sol. Sin viento, sin brisa, el mundo parecía haberse detenido. Teníamos nuestro pequeño fuego de campaña, una cesta de picnic, un paquete de condones y una botella de vino, que ambos sólo probamos, nuestras papilas gustativas sin desarrollar confundieron su frescura afrutada con el sabor de una porquería rancia. Los besos se convirtieron en abrazos que se convirtieron en acurrucarse, que tuvo como resultado restregarse, que fue aumentando hasta febriles frotamientos genitales y un himen más tarde estábamos tumbados uno en brazos del otro mirando las manchas de cigarrillos en la tienda de nailon azul pensando que la cosa tampoco era para tanto.

Clo me había avisado de que la perfección se lograba con la práctica. Conseguimos hacerlo cuatro veces más antes de volver con nuestros respectivos padres, orgullosos y llenos de secretos.

Cinco segundos.

No estaba preparada. Tenía náuseas, rezaba para que estuvieran causadas por el estrés y no fueran náuseas matinales.

Joder. ¿Qué voy a hacer? No quiero ser madre. No quiero ser esposa. No quiero sentirme como mi madre antes de haber vivido. Quiero hacer cosas. No estoy segura de qué. Quiero ir a sitios diferentes, no sé adónde. No estoy preparada.

No le había mencionado a John que el periodo se me había retrasado más de dos semanas ni le había men-

cionado que había comprado una prueba de embarazo. No estaba acostumbrada a tener secretos con él, pero estaba segura de que hacía lo correcto en no involucrarle en esto.

¿Para qué preocuparle?

El problema era que no estaba segura de que él fuera a preocuparse. Sonreía cuando mi madre nos pinchaba con el asunto del matrimonio y los bebés. En el supermercado se paraba para sonreír a un crío babeante mientras que yo me abría paso a empujones entre el gentío, impaciente con todo lo que nos impedía coger lo que habíamos ido a buscar y marcharnos.

Dos segundos.

Se entusiasmaría, en mi interior lo sabía. Aún peor, querría tener el bebé. Nada de ceños fruncidos o de tomar decisiones entre lágrimas. Habría entusiasmo y planificación y libros y ropita de bebé. Me empezaba a doler el estómago.

No estoy preparada.

Me temblaban las manos mientras daba la vuelta al palito.

Por favor, que no esté azul, por favor, Dios, ¡que no esté azul!

Tenía los ojos cerrados, aunque no recuerdo que los cerrara voluntariamente. Suspiré profundamente y esto me recordó que era fumadora, así que solté el palito y fui corriendo a mi dormitorio para coger un paquete de tabaco. Volví y encendí un cigarrillo. Aspiré profundamente, decidida a disfrutar del que podría ser mi último cigarrillo

en mucho tiempo. Mi intención era terminarme todo el cigarrillo antes de desvelar mi futuro. Sin embargo, hubo que descartar ese plan por el sonido de la llave de John en la puerta principal. Apagué el cigarrillo rápidamente empapándolo con agua fría con una mano mientras agitaba en el aire la otra como una loca intentando disipar el humo, que parecía ondear en ese espacio cerrado. Oía sus pasos acercarse escalera arriba y acercándose a mi escondite. Me había quedado sin tiempo.

— ¡Emma!

— ¡Estoy aquí dentro! — grité de forma excesivamente estridente.

Intentó abrir la puerta. Miré impotente, escondiendo el palito en el brazo de mi jersey. Estaba cerrado con pestillo. Suspiré de alivio.

— ¿Por qué está cerrado? — preguntó con tono de sospecha.

— Siempre cierro la puerta — mentí, esperando que hubiera tenido una pérdida temporal de la memoria.

No la había perdido.

— No, nunca la cierras — dijo todavía empujando hacia abajo el tirador de la puerta.

— John — dije secamente —, ¿no puedes darme un puñetero segundo? — Le oí caminar hacia el dormitorio. Iba murmurando algo sobre que era una borde cuando tenía el periodo.

Ya me gustaría.

Volví a sentarme y di la vuelta al palito. Lo miré durante muchísimo tiempo. Cerré la mano sobre él y luego

volví a mirar. Me mordí el labio y me hice daño. Volví a abrir los dedos dejando a la vista una ventanita gloriosamente blanca. Ni rastro de azul. Me acerqué hasta la ventana para tener la máxima luz. Nada. Estaba en blanco. Nada de líneas azules. Volví a tener mi vida. No estaba embarazada. No estaba ni siquiera un poquito embarazada. Sólo tenía un retraso y una fiesta a la que ir.

¡Gracias, Dios!

* * *

Cuando el abuelo de Richard murió a la edad de noventa y un años le dejó una gran parte de su patrimonio y le hizo extremadamente rico. En este sentido se decidió dar una fiesta para celebrarlo, una «fiesta de herencia». Al principio Anne estaba preocupada de que pudiera ser de mal gusto.

—Era un hombre muy anciano que ha muerto tras tener una vida estupenda llena de amor y de éxitos. ¿Por qué iba a ser una falta de respeto dar una fiesta para celebrar vuestra buena suerte? —le pregunté.

—Hace tanto que no damos una fiesta —fue la contribución de John a la causa.

—Además, mi abuelo tenía un gran sentido del humor. Le encantaría la idea —entonó Richard, desesperado por disfrutar de su nueva fortuna.

—¡Es una idea fantástica! Podemos celebrar su vida y el hecho de que nuestros buenos amigos están forrados —insistió Seán.

Finalmente Anne se rindió y sucedió que en el día en que descubrí que no iba a traer una nueva vida al mundo fue el día en el que mi mundo cambió para siempre.

* * *

Pensé en escribirte durante mucho tiempo. En realidad jamás pensé que llegaría a hacerlo, pero cuando lo hice me pareció muy fácil. Los recuerdos son algo absurdo. Algunos son vagos, algunos clarísimos, algunos demasiado dolorosos como para acordarse y algunos tan dolorosos que es imposible olvidarlos. Los momentos felices se recuerdan con cariño y risas, se recuerdan como una anécdota en el bar, exagerándolo para la gente. Los verdaderamente buenos te hacen compañía en las noches que resultarían solitarias sin ellos. Los recuerdos más claros son los de aquellas ocasiones en las que experimentaste los momentos mejores y peores. Lo que recuerdas es la emoción que inspira la situación. Esa sensación de increíble júbilo o de terrible desesperación permite que tu cerebro registre detalles que normalmente pasarías por alto como el color de la camisa de alguien, el gesto de una mano o el calor o el frío que hacía.

Puedes recordar las arrugas que crea la sonrisa en los labios de un ser querido o la forma en que las lágrimas brotaron en nuestros ojos. Pero es difícil poner palabras al dolor y en la vida siempre hay dolor. Es tan natural como el nacimiento y la muerte. El dolor nos convierte en lo que somos, nos enseña y nos domestica, puede destruir y pue-

de salvar. Todos tenemos remordimientos, incluso Frank Sinatra tenía unos cuantos*. Algunas tragedias las provocamos nosotros y a veces pasan cosas que están fuera del control de este mundo y cuando eso sucede nos quedamos boquiabiertos.

La felicidad es un regalo. Nos envuelve con su calidez y nos recuerda su belleza. Nunca debería darse por descontada. Yo nunca debería haberla dado por descontada. Esa delgada línea azul representaba la felicidad. No sabía que más tarde representaría algo que nunca recuperaría. Pero entonces no estaba preparada.

* *Regrets I've had a few* («Remordimientos, he tenido unos cuantos»). Letra original de la canción *A mi manera*.